DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LOS ESTUDIOS

de la

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

el dia 1.º de octubre de 1857,

POR

DON JOSE MARIA ANCHORIZ,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA Y EN LETRAS,

CATEDRÁTICO DE

LITERATURA LATINA EN LA MISMA UNIVERSIDAD,

socio de la academia de arqueología etc.

OVIEDO:

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE BRID, REGADERA Y COMP.

CALLE CANONIGA, NUM. 6.

1857.

BIOGRAFÍA

Y JUICIO DE LAS OBRAS

QUE ESCRIBIÓ EL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO

PADRE FRAY BENITO GERÓNIMO FEIJÓO,

DEL CONSEJO DE S. M.,

MAESTRO GENERAL DE LA ORDEN DE SAN BENITO

de la reforma de Valladolid.

«Libros enim ejus (Homeri) cum in manu sumimus, usque ad extreman syllabam suscipimus, et nescio quid magis requirimus.»

(Dionysio de Halicarnasso.)

ILUSTRISIMO SEÑOR.

Voy á recordaros las virtudes y la ciencia de un monje benedictino que, habiendo ejercido hace mas de un siglo el profesorado en esta escuela, ilustró con sus luces á la España entera, y murió aqui para vivir siempre su memoria. No habia nacido en Asturias el Padre Fr. Benito Feijóo, pero vivió en ella cincuenta y cinco años, en ella escribió todas sus obras, y no quiso cambiar ni aun por la corte, este privilegiado suelo que le otorgó por adopcion los derechos que correspondieran á sus predilectos hijos. En este sitio, desde esta misma cátedra brotaron de su boca raudales de elocuencia que bebieron ansiosos sus afortunados discípulos, y que forman una parte del precioso depósito de saber que ha sido trasmitido hasta nuestros dias. Despues de ese largo período vengo yo, forastero tambien, pero honrado con ser vuestro compañero, á evocar el grato recuerdo del que en mi infancia oi nombrar con respeto y adolescente leí con admiracion. Si mas versados que yo en todo linaje de estudios, y acaso mejor penetrados del espíritu que animó á Feijóo al escribir sus obras, y que la tradicion os ha legado, hallaseis mal fun-

dadas mis observaciones, confio en vuestra benevolencia que fijareis la atencion solo en él, no viendo en mí sino al desvalido viajero en la república de las letras que llega á poner una hoja en la fúnebre corona que vosotros colocaisteis sobre su sepulcro. Trazaré primero el cuadro de su vida, á fin de ocuparme luego en el exámen de sus escritos, valiéndome para aquel de la sucinta biografía escrita por el conde de Campomanes, de las noticias publicadas por escritores asturianos y gallegos, y de las que debo á los monjes del colegio de San Vicente, ó del monasterio de Samos, y á otras personas amantes de la ilustracion.

D. Benito Gerónimo Feijóo vió la primera luz el dia 8 de Octubre de 1676 en Casdemiro, pequeña aldea de la parroquia de Santa María de Mélias, provincia de Orense, distante dos leguas de la capital. Fueron sus padres D. Antonio Feijóo y Montenegro y Doña María de Puga, ambos de ilustre cuna, y ella rama del mismo tronco que San Rosendo, arzobispo, capitan general y fundador del monasterio de Celanova en Galicia (1). Si el amor filial no hizo á nuestro monje mirar por exagerado prisma las dotes de su padre, dióle el cielo alguna, que no pocos envidiaran, siendo tan feliz su memoria, (2) que casi pudiera competir con la de Séneca, (3) pues aprendia en una hora trescientos versos de Virgilio. Estudió la gramática latina en un año con perfeccion, y demostró ser bueno y fecundo poeta, dictando á veces dos y tres hojas de hermosos versos. Desde muy jóven indicó D. Benito su voca-

(1) Gándara, nobiliario, lib. 2, cap. 9 y 12.

(2) Teatro crítico, t. 4.°, discurso 14.

(3) Hanc (memoriam) aliquando in me floruisse, ut non tantum ad usum sufficeret, sed in miraculum usque procederet, non nego. Nam et duo millia nominum recitata, quo ordine erant dicta reddebam, et ab his qui ad audiendum præceptorem nostrum convenerant singulos versus à singulis datos, cum plures quam ducenti efficerentur, ab ultimo incipiens usque ad primum recitaban. (Marcus Annœus Seneca, controversiæ, lib. 1.)

cion hácia el claustro, aunque á despecho de imprudentes consejeros que pretendieron recabar de su padre indebida resistencia, bajo el pretesto de sus superiores dotes para los estudios. Empeño vano, porque les contestó que esa era la causa para dedicarlo con mas gusto al servicio de Dios en el retiro de un monasterio. A los catorce años tomó el hábito en el de San Julian de Samos de la órden de San Benito, y su perfecta inclinacion y el acierto de su padre quedaron comprobados con setenta y cuatrò años de vida monástica ejemplar, y con haber asegurado un año antes de morir que desde que vistió la cogulla, ni un solo instante habia vivido descontento con su estado. Indelebles han sido los recuerdos que en Samos dejó de sus talentos, y los hechos y anécdotas que con él tuvieron relacion, corrian de boca en boca dentro y fuera del monasterio. Desde muy al principio demostró lo mal avenido que estaba con los duendes y fantasmas á que el vulgo crédulo da fácil ascenso. Solia aparecerse una á los monjes, á tiempo que iban á coro á media noche, y aterrados con su presencia, consultaron al P. Feijóo, quien les indicó los medios de ahuyentarla, idénticos á los que aconseja en sus cartas, y muy distintos de conjuros y exorcismos. Sin embargo, no fueron adoptados, y los religiosos que hoy viven vieron una cruz en el claustro que su piedad hízo dibujar, á fin de libertarse de tan maléfica influencia. Hechos sus estudios en Lerez y Salamanca, (1) y despues de desempeñar los cargos de pasante y lector de artes en Samos, vino en 1709 al colegio de San Vicente, donde fué nombrado para el segundo de dichos cargos, (2) y en el mismo año recibió los grados de licenciado y doctor en sagrada teología. En el archivo de esta universidad se guarda cuidadosamente el memorial que elevó al claustro solicitando

(1) Carta 20, tomo 2.° y 31, tomo 4.°
(2) Carta 22, tomo 2.°

la borla, y al pie tiene estampada su firma autógrafa, única que he podido hallar. No habia trascurrido un año cuando obtuvo por oposicion la cátedra del angélico Santo Tomás de esta escuela, ascendiendo por grados á las superiores hasta la de prima, de la que obtuvo su jubilacion en 13 de Mayo de 1739. (1) Entre vosotros hay un benemérito profesor que pertenece á la familia del que desempeñó la honrosa tarea de reemplazar al P. Feijóo, cuando sus achaques ú otras causas le impedian la asistencia á la cátedra. Libre ya de la enseñanza, pudo dedicarse á la publicacion de sus obras comenzada el año 1726 y concluida en 1760. Ellas y su mérito universalmente reconocido le dieron dentro de su órden la importancia de que era digno. Fue nombrado maestro general con voto perpétuo en el capítulo, tres veces abad de su colegio, cuya dignidad le ofrecieron tambien los monasterios de Samos y de San Martin de Madrid, (2) y habria alcanzado la altísima de prelado general, sino lo rehusara con insistencia, y á no mediar la consideracion de que ese cargo podia entorpecer el curso de sus estudios. Se le dieron en cambio los honores, y bien puede afirmarse que la verdadera cabeza de la religion benedictina residia en Oviedo, no resolviéndose asunto ninguno de gravedad sin consultarle. No escasearon las muestras honoríficas fuera de la religion. La real academia médica de Sevilla le incluyó en el número de sus socios, y otras varias pretendieron conferirle análogas distinciones que su modestia se negó á aceptar. El rey D. Fernando VI le concedió los honores de su consejo en los términos mas

(1) Existen tambien en el archivo una sobrecarta del consejo de 26 de Setiembre de 1736 mandando al claustro que informe sobre una solicitud del P. Feijóo para que se le permitiera hacer oposicion á la cátedra de prima, á pesar de estar entonces jubilado de la de vísperas, una real provision de 8 de Noviembre del mismo año, accediendo à su pretension, y otra en que se le concede jubilacion de la de prima.

(2) Teatro, tomo 5.° prólogo.

lisonjeros, (1) y que demuestran el señalado aprecio que hacia de sus prendas D. Carlos III le honró con espresiones de suma benevolencia, y le hizo donacion de un ejemplar de las obras del Herculano.

La fama de su mérito cundió de tal manera, que de todas partes acudian á verle y escucharle. Entre otros, siete rústicos naturales de Aragon, de ese pais donde todo sentimiento noble y generoso tiene cabida, vinieron al colegio pocos meses antes de su muerte, y suplicaron les permitiesen ver al Padre que, decian ellos, tenia tanta fama por su tierra. De esta suerte se repitieron en nuestro benedictino los escasos ejemplos de Tito Livio visitado por un gaditano que fué sin otro objeto á Roma, (2) segun refiere Plino el jóven, y de Archistas Tarentino por Plutarco (3) Tan relevantes muestras de estimacion general no fueron parte para levantar dentro de su alma el humo de la vanidad: siempre humilde, siempre modesto, decia á los que iban á visitarle de paises lejanos que lo agradecia, pero que no comprendia el gusto que pudieran tener en verle, porque no era sino un hombre medio muerto y un saco de tierra. Jamás pretendió que su voto prevaleciese en el monasterio, ni en la universidad; trató á todos con dulzura, y ni en su porte, ni en el adorno de su celda se distinguió de

(1) La aprobacion y aplauso, dice la órden de S. M. fecha 17 de Noviembre de 1748, que han merecido á propios y estraños en la república literaria las útiles y eruditas obras de vos el maestro Fr. Benito Feijóo, digno hijo de la religion benedictina, mueven mi real ánimo á hacer manifiesta mi gratitud á tan provechosos trabajos, y á que sea notorio el deseo que me asiste de que continuen con igual acierto, para mayor lustre de mis vasallos. Por tanto he tenido á bien, conociéndoos acreedor al señalado título de mi consejo, condecoraros con él, como mis gloriosos predecesores le dispensaron á los obispos de estos reinos, etc. (Archivo de esta Universidad.)

(2) Nunquam legisti Gaditanum quendam Titi Livii nomine gloriaque commotum, ad visendum cum ab ultimo terrarum orbe veniisse, statimque ut viderat abiisse? (Epístola 5.ª Nepoti, lib. 2.)

(3) Sic Plato... Architam Tarentinum vidit, ut qui Athenis magister erat, et potens, fieret peregrinus et discipulus, malens aliena verecunde dicere, quan sua impudenter ingerere. (S. Hieronymus, epistola 2.° ad Paulinum presbyterum.)

sus compañeros. Cincuenta años tenia cuando publicó el primer tomo de sus obras á instancias de la comunidad, y si el religioso que le asistia no hubiese procurado recoger los manuscritos á que él no daba importancia alguna, acaso todos hubieran perecido. Fuéle necesario hacer un viaje á la corte para gestionar su impresion, y alli trató á las personas de mayor valimiento. Todas á porfia pretendieron que fijara en ella su residencia; pero no tuvo aquella morada por muy adaptable á su carácter y ocupaciones, como despues lo repitió en una de sus cartas, (1) y la abandonó para regresar á Oviedo de donde no volvió á salir.

Su inclinacion dominante fue el estudio, su primera virtud la caridad. Recibidos sus escritos con entusiasmo indecible, circularon por todos los puntos de la península, y por muchos del estranjero, produciendo su venta cuantiosas sumas. Con ellas se cree fue edificada una casa en esta capital, y como, segun las constituciones de su órden, no podian los monjes poseer ninguna clase de bienes, (2) fue autorizado por ella para recibir y disponer de los productos de sus obras, y aun impetró y obtuvo de S. S. la dispensacion conveniente. Jamás le pidieron limosna que no diese, y solia decir llorando que un pobre virtuoso á quien socorria diariamente de su propia mesa, le habia de llevar al cielo de la mano. Si en algo su conducta contrarió á sus palabras fue en esto, pues escribió sobre la discrecion en el ejercicio de la limosna, (3) al paso que á nadie la negaba. En los años 1741 y 42 en que las cosechas fueron muy escasas en toda Asturias, invirtió en granos considerables

(1) Tomo 3.°, carta 25.

(2) Capítulo 2.° de las constituciones de la órden de San Benito de la reforma de Valladolid, donde ademas se impone la pena de degradacion temporal al que infrinja esta disposicion, y se previene que dos veces en el año renuncien los monjes á cuanto posean destinado á su uso particular.

(3) Teatro, t. 5.°, discurso 1.° Ibid t. 6.°, discurso 1.° Carta 23, t. 3.°

cantidades con que socorrió á los pobres en su miseria, y á los colonos para la siembra, distribuyéndolas unas por su mano, y otras por medio de comisionados que tenia en las aldeas. Los mendigos acudian en tropel á la porteria del colegio á demandar una limosna, y cuando se hallaba cerrada, les arrojaba monedas desde la ventana de su cuarto. Tenia en la conversacion igual gracia y amabalidad que en sus escritos, la misma agudeza y solidez en los discursos, igual profundidad en las sentencias (1). Despues de su muerte el monasterio de Samos á quien, por ser el primitivo de Feijóo, volvieron todos sus bienes, percibió los productos de la venta de sus obras, y es fama que con ellos costeó el magnífico templo no inferior á algunas catedrales.

Asi vivió hasta la edad de 87 años, demostrando con su ejemplo, como lo sostuvo con la doctrina, (2) que las tareas literarias pueden conciliarse con la longevidad. La sordera y la debilidad en las piernas fueron los únicos achaques de que adolecia, hasta que el 25 de Marzo de 1764, á la sazon de hallarse en la mesa, sintió grande dificultal en el habla, acometiéndole á seguida un acceso de fiebre que recibió gradual incremento. Tomadas ante todo las disposiciones convenientes al bien de su alma, hizo de la manera que le fue posible la protestacion de fé, y con estraordinarios esfuerzos pidió perdon á toda la comunidad. Quiso hacer en este trance dos protestas, aununciada ya la una en sus obras, (3) pero ignorada la otra, porque no hubo medio de comprender sus demostraciones. Luego se llamaron los médicos por órden del abad, quienes le propinaron una sangria pronta y copiosa. Mejor conocedor que

(1) Carta contra el padre Marne.

(2) Teatro, t. 1.°, discurso 7.°

(3) Habia declarado en ella que jamás faltó á la verdad y buena fé en todo cuanto escribió, y reservó la otra para el artículo de la muerte, si Dios le conservaba el juicio. (Cartas, t. 4.° prólogo.)

ellos de su dolencia, hizo que le suministrasen amenudo agua fria, con lo que desapareció la calentura en el mismo dia, probando la falibilidad de la medicina, y el acierto de los propios juicios. Libre del riesgo, se recobró algo, pero sus fuerzas continuaron en visible decadencia. La sordera se agravó de modo que nada oia, y no le fue posible salir de la celda sino al claustro en un carreton tirado algunas veces por los personajes que frecuentaban su trato. El él visitaba al Señor Sacramentado desde una tribuna del templo, y pasaba gran parte del tiempo en la oracion. Todos los dias oia misa en el oratorio de su cuarto por indulto particular que Clemente XIII le concedió al principio de su pontificado. Confesaba y comulgaba con frecuencia principalmente en los dias solemnes de la Iglesia y de la religion de San Benito. En tan triste estado de salud, sin poder andar, y privado del uso del oido y del habla, prolongó su existencia algunos meses. Su resignacion para sobrellevar tantos disgustos, admiró á cuantos le rodeaban; nunca mostró rostro displicente; no exhaló una sola queja, y ocasion hubo en que desearon los que le asistian verlo enojado para saber lo que le incomodaba, pero no lo consiguieron. Solia decir, aun antes de este caso, que Dios le daba los males para castigo de sus culpas, no para tormento de los demas (1). El dia 26 de Setiembre se le advirtieron sintomas que anunciaban una muerte cercana. Él conoció que era llegado su postrer momento, y recibió los auxilios espirituales con una devocion que edificó á cuantos rodeaban su lecho, y entregó su alma al Redentor con imponderable tranquilidad. Los monjes todos lloraron al compañero modelo de virtudes, y lumbrera de su religion: la ciudad entera acudió á contemplar difunto al que vivo siempre vió con respecto y admiracion. Se cele-

(1) Carta 17. t. 4.°

braron sus funerales el dia 28 con el aparato que permiten las reglas de la órden benedictina, y se le enterró en el sitio mas notable de la iglesia, en el crucero al pie de las gradas del altar mayor. Poco tiempo despues se colocó una hermosa lápida de jaspe con inscripcion en la que no hay una sola palabra de alabanza, espresándose únicamente el dia de su fallecimiento y la edad (1). Verdad es que fueron proyectadas otras en que se consignaban las prendas que mas le habian realzado; pero sin duda se creyó que no habia menester elogios el que en su nombre llevaba inacabable fama (2). Allí se acercan poseidos de respeto cuantos forasteros aficionados á las letras llegan á esta ciudad, y si la falta de medios no lo hubiera impedido, esos preciosos restos tal vez descansarian entre nosotros, dentro de la capilla de la Universidad (3). Aunque no habia ejemplar de que esta celebrase las exequias de ningun catedrático, acordó su claustro por unánime votacion tributarle los últimos honores, comisionando con ámplias facultades á los doctores P. maestro Fr. Pedro Lopez, prior de Santo Domingo, y á D. José de Villaverde, catedrático de cánones. Se verificaron los dias 26 y 27 de setiembre del año de su fallecimiento con toda la pompa que fue posible. En el primero dijo una elocuente oracion latina el

(1) Tiene dos metros, veinte y nueve centímetros de largo, y un metro, treinta y tres centímetros de ancho La inscripcion del centro dice así: «Hic jacet magister F. Benedictus Hieronymus Feijóo. Obiit anno Domini MDCCLXIV ætatis LXXXVIII,» y la de la orla «Obiit die XXVI septembris anno MDCCLXIV ætatis »suæ LXXXVIII.»

(2) Curiosa es la que él indicó deseaba pusieran sobre su sepulcro en la forma siguiente:

Aqui yace un estudiante
De mediana pluma y labio
Que trabajó por ser sabio
Y murió al fin ignorante.

(3) En Noviembre de 1843 acordó el claustro de esta Universidad nombrar una comision que propusiera los medios para trasladar las cenizas de Feijóo á su capilla, y erigirle un monumento decoroso. La comisión cumplió su cometido, pero la centralizacion de los fondos de instruccion pública privó de las recursos necesarios, y se suspendió la ejecucion del proyecto.

doctor D. Pedro Francos : el segundo pronunció su panegírico D. Alonso Francos y Arango, rector de la Universidad, y canónigo de la iglesia catedral. Asistió la capilla, y la concurrencia de convidados fue tan numerosa como lo permitió lo reducido del sitio. La comunidad de San Vicente, no satisfecha con sufragios contínuos por su alma, quiso tambien celebrar honras solemnes. Se alfombró el pavimento de la iglesia, y en el centro se alzó un túmulo de tres cuerpos cubiertos de terciopelo, y adornados con abundantes epitafios é inscripciones de depravado gusto la mayor parte. En lo alto se puso el busto del difunto formado sobre el natural en el momento de haber muerto, y de tal parecido, que como se colocó tambien la cogulla, ademas de las insignias doctorales, creia el vulgo reconocer su cadáver exhumado. En medio de un concurso que el templo no era bastante para contener, y en presencia del obispo, magistrados y toda clase de personas de distincion, pronunció su elogio el P. Fr. Benito Uria, nada notable en verdad por el estilo, como casi todos los de su época, pero muy preciado por su esactitud en cuanto á los hechos, pues nada refirió que no hubiese esperimentado, ó que no supiese por testigos fidedignos.

Los hombres ávidos de poseer un recuerdo de Feijóo en algun objeto de su pertenencia, dificilmente podrán lograrlo. Todos fueron trasladados despues de su muerte al monasterio de Samos con arreglo á sus constituciones (1). En él se conservaron sus libros que ocupaban gran parte de la biblioteca, asi como varios instrumentos de física y de geografía ; pero llegada la supresion de las comunidades religiosas, el lamentable vandalismo ejercido alli, como en casi todas partes, hizo que desapareciesen, á escepcion de algunos libros que han podido sobrevivir á aquella catás-

(1) Cap. 69.

trofe, y fueron á acrecentar la coleccion de la provincia. Solamente existe en esta ciudad la silla de su uso diario (1). Ni aun su habitacion subsiste, porque destinado el colegio de San Vicente á oficinas de la provincia, ha recibido tan completa trasformacion, que es hoy difícil designar el espacio que ocupaba. De sus retratos el que tiene todos los caracteres de autenticidad, segun dictamen de peritos, y que se cree tomado del natural, es el que posee la sociedad de amigos del pais de esta ciudad, pintado por Granda cuando tenia 87 años, esto es el último de su vida, y que conviene con el que aparece grabado al frente de algunas ediciones de sus obras. Otro retrato existia que trasportado á Paris, sirvió de modelo para diferentes copias litografiadas, y cuya semejanza es muy dudosa. Traslado del primero es el que teneis á la vista, y que habeis colocado junto á los de varios hombres célebres que ha producido este pais fecundo en buenos ingenios, dando carta de naturaleza al que, si no nació entre vosotros, fue vuestro compatriota por predileccion, y demostrando que el sabio encuentra patria adoptiva alli donde conocen y glorifican sus talentos.

Ya sabeis los hechos principales del religioso á quien el cielo destinó para la virtud y para el estudio: voy ahora á hablaros de sus obras literarias. Quien espere hallar en el P. Feijóo uno de esos genios que, sorprendiendo á la incauta naturaleza, han descubierto alguno de sus arcanos, ó han brillado en las ciencias esactas y naturales, no lea sus obras; porque no solamente no echará de ver la sublimidad que tal vez se figurase, sino que le creerá atrasado en los conocimientos que hoy son general patrimonio hasta de las mediocridades. Léalas el que busque al filósofo, al amigo de la humanidad, al hombre que ha poseido en

(1) El Sr. D. Joaquin Suarez del Villar la compró y conserva actualmente.

mas alto grado el amor á la ilustracion de sus semejantes. Nacido para procurar el bienestar de cuantos le rodeaban, ya que no le era dado desde su humilde celda, ni con la escasez de sus medios estender á larga distancia su benéfica influencia, halló mas dilatada esfera aclarando sus inteligencias, y disipando las nieblas que las ofuscaban, á fin de que les hiriese de lleno la luz de la verdad. Escribió en castellano, siguiendo el consejo de Fr. Luis de Leon, (3) porque hablaba al vulgo, y necesitaba que este le comprendiese. Para conocer la importancia del servicio que prestó, tomemos en cuenta el estado de nuestra patria á principios del siglo XVIII en que comenzó su empresa. Poco habré menester decir sobre las ciencias naturales y esactas. Bastará abrir los libros que para su estudio se ponian en manos de la juventud, y se comprenderá el deplorable estravío á que condujo la funesta mania de dar un carácter metafísico y de abstraccion á lo que solo puede fundarse en la esperiencia. El ilustradísimo P. Deschales, al hablar del progreso de las matemáticas, esclamaba: «*Quis enim hodiernæ philosophi phisicæ præsertim, inanitatem æquo animo tulerit?*» Hasta en la teologia misma, apesar de que habian florecido en el siglo XVI un Lemos, un Molina y un Suarez, ingenios colosales, sus sucesores, muy distantes de su grandeza, se empeñaron en debates ardientes sobre cuestiones ajenas á la ciencia, dando el triste espectáculo de sus acaloradas discordias, al paso que en otras naciones debelaban gloriosamente á los hereges, por sostener las sanas doctrinas sobre la tradicion, la autoridad de la iglesia, la del romano pontífice, y sobre puntos controvertibles de la historia eclesiástica. Asi se descuidó el dogma por atender

(3) ......«Porqué los quieren mas en latin? No dirán que por entenderlas mejor, ni harán tan de latinos que profesen entenderlo mas que á su lengua, ni es justo decir que porque fueran entendidas de menos, por eso no las quisieran ver en romanee, porque es envidia no querer que el bien sea comun á todos, y tanto mas fea cuanto el bien es mejor.»

á las cuestiones escolásticas, y mientras esgrimian sus armas unos contra otros los defensores de la fé católica, volvian la espalda al enemigo comun que infatigable se iba introduciendo en el campo de la verdadera creencia. La medicina qué era en aquel tiempo? Otro campo en que cada cual contendiente se afiliaba en el bando que la casualidad ó su genio le deparaba, sin tener en cuenta los únicos fundamentos sobre que asienta, la observacion y la esperiencia. En el derecho acontecia un fenómeno análogo: no hay sino leer los alegatos de aquel tiempo, y las defensas pronunciadas ante los tribunales. Fárrago inconexo de citas de autores sin órden ni concierto en su mayoria, de modo que el que mas largo catálogo exhibia, aquel tenia la razon de su parte: nada de juiciosas reflexiones, ningun dato histórico, ni aun de la misma legislacion que, aclarando su origen, descubriese al propio tiempo los caminos por donde habia llegado á tomar asiento en los códigos. La enseñanza, en general, dada en lengua que no permitia á los maestros, por mal usada, la clara espresion de sus ideas, ni de consiguiente su recta inteligencia á los discípulos (1). El púlpito, no hay para que detenernos en demostrar su lastimoso estado. Quien haya leido los sermones de los que mayor fama alcanzaron, para uno tolerable, habrá hallado ciento en que á lo pedante se unia lo confuso, á la afectada sublimidad, las estravagancias y chocarrerias mas vituperables. Y si esto hacian los maestros de todas las ciencias, los guardianes de la salud y de los intereses sociales mas importantes, los intérpretes de la palabra del Señor, qué suerte correria el desamparado vulgo? Errores eran sus mas estimadas creencias, la verdad muy escasas veces iluminaba su espíritu, y en agricultura, en las artes,

(1) Por eso decian los estranjeros con Barclay acerca de los españoles: *Veterem ac pene barbaran in quærendis scientiis rationem obtinent.*

en el trato social, no veia mas que los delirios que su ciega imaginacion le presentaba, ó que unos á otros enseñaban. En obsequio á la verdad hemos de reconocer que, si algun destello salió para alumbrar, aunque de tarde en tarde, á nuestra oscurecida España, vino de los claustros. El P. Fr. Gerónimo de Salamanca se atrevió á decir que desde que se movieron las disputas sobre ciencia media y física predeterminacion, padeció aquella grave detrimento literario. Cuando el consejo exhortó á las universidades y á los sabios para que escribiesen cursos de todas las ciencias, quién fué sino un capuchino el primero que se atrevió á denunciar los abusos? Cuánto padeció el P. Rivera por haber combatido los errores en que incurrió la universidad de Salamanca , el P. Isla por satirizar los defectos del púlpito? Demos gracias á la Providencia de que entre nosotros se encendiese aquella luz dentro de los conventos, ó al menos por personas verdaderamente religiosas. Nada hubo de comun entre nuestra regeneracion intelectual y la de otros paises harto desgraciados, porque si rompieron los lazos que ligaban los conocimientos humanos, pretendieron tambien romper otros indisolubles que nos enlazan al supremo Criador, y son esencial condicion de nuestra existencia. En tan crítica situacion vino al mundo de las letras Feijóo. Cervantes apareció cuando la maniática lectura de los libros de caballeria hacia necesario un poder bastante fuerte para desviar á los entendimientos de su necia inclinacion. Feijóo en el tiempo que las preocupaciones vulgares habian dado carta de naturaleza al error, y desterrado la verdad. Aquel logró su propósito por medio del ridículo que nadie ha manejado con tanta habilidad, y quedaron radicalmente curados los espíritus. Feijóo, sensible es decirlo, no lo consiguió. Tiene el error tal ascendiente sobre nuestro corazon, cuando ha llegado á arraigarse profunda-

mente, y favorece nuestras propensiones á lo maravilloso, que nos volvemos contra el mismo que quiere sacarnos de él. Y como el vulgo no se compone solo de los ignorantes, sino tambien de los que en la sociedad tienen plaza de sabios, es muy comun verlos á todos unidos en apretada falange, para resistir al que pretende desvanecer sus queridas preocupaciones. Por eso le llama el valeroso monje el Sr. Alcalá Galiano (1), mas valeroso que Cervantes, porque este no iba á destruir sino una grata ilusion, á cercenar el solaz propio de un rato de esparcimiento: aquel tenia que combatir los mas caros intereses. Cómo habian de reconocer los médicos que su ciencia era falible, mas falible que casi todas, por lo mismo que versa sobre objetos que no podemos estudiar bien, y los enfermos de creer muy espuestos á errores á los que hasta entonces miraran como oráculos, y de quienes aguardaban nada menos que la salud? Quién era capaz de convencer al hipócrita de su interes en la virtud, al avaro en el desprendimiento, al pretendido sabio de su ignorancia, á los ardientes escolásticos de la inutilidad de sus disputas, y de arrebatar al vulgo los objetos en que veia una virtud sobrenatural, y tantos milagros convertidos en delirios de su fantasía, ó en sucesos de la mas comun esfera? Contra tan poderosos elementos luchó, y al entrar en la lucha, su candor y buena fé le persuadirian de que con la razon podria traer á buen camino los estraviados entendimientos (2). No fue así: casi todos los ilusos cerraron los ojos, y armaron sus corifeos tan formidable cruzada, que cualquiera menos animoso hubiera abandonado el campo. Se mantuvo firme en él, aunque ya fuese la edad, ya la índole aviesa de sus detractores, cal-

(1) Historia general de España.

(2) Al hablar de los aplausos que tributa el vulgo al que defiende hasta con furor sus preocupaciones dice: «Esta razon no seria bantante para retraerme del empeño, porque no me dominan los vulgares miedos que aterran á otros escritores.» (Teat. t. 5.°, discurso 16).

maron mas adelante el ardor hasta de la propia defensa, y le hicieron prorrumpir en sentidas quejas por lo mal que algunos correspondian á sus caritativos afanes. Pero la semilla que esparció ha fructificado paulatinamente, y hoy que, ajenos á todo interes apasionado, nos hallamos á un siglo de distancia de esos debates, podemos examinar los hechos á la luz de la crítica imparcial, llevando en la mano la piedra de toque de la esperiencia. Esta es la que en inapelable juicio ha de fallar si fueron utópias y delirios de un innovador las opiniones que sustentó, ó si, mas cuerdo que sus contemporáneos, supo dar á la filosofía los fueros de la razon, á la medicina su verdadera importancia, á las opiniones comunes el lugar que mereciesen.

La primera obra de Feijóo que ha llegado á mis manos es un sermon que predicó en esta catedral el dia 13 de Setiembre de 1717, en las fiestas celebradas con motivo de la traslacion de la imágen de Nuestra Señora del Rey Casto á la capilla que se construyó con este nombre, y que existe impreso en la relacion que de ellas se publicó. Si por esta primera muestra hubiera de juzgarse de su mérito, no quedaria muy bien parado el autor, porque el estilo se hallaba contagiado del mal gusto dominante de la época, y al que hubo de pagar ineludible tributo; pero al lado de ese defecto resplandecen tantas bellezas, erudicion tan sorprendente, tantos chistes y agudezas, que hacen olvidarlo, y hasta amenizan su lectura. El principio, de notable, aunque no muy grato desenfado, dice asi: «No hay exhordio, señores, porque hay mucho que decir, y es menester despachar.» Solo teniendo en cuenta los dislates que entonces se oian en el púlpito cabe disculpar esa ruda franqueza, asi como las frecuentes comparaciones que, sin venir al caso, aduce su imaginacion, con tanta violencia como ingenio. Es otra produccion suya la respuesta dirigida en

nombre ajeno á un sacerdote acerca de los hechos que motivaron los procedimientos del obispo de Oviedo contra el prepósito del seminario de Contrueces, culpando al que los presentó bajo un aspecto falso, y que hizo recaer la providencia del prelado. Puede mirarse como un alegato que no desdeñaria el mejor de los letrados. La tercera, notable por no haber sido publicada, es un informe dado en 3 de Agosto de 1757 (1) acerca de la preferencia que debian tener los regulares graduados sobre los llamados manteistas, que eran los seglares, para la obtencion de las cátedras. Este informe que quizá se elevaria al consejero director de esta escuela, ó al obispo de la diócesis, como juez en las oposiciones á cátedras, es indudablemente obra suya. Su estilo, sus ideas, el conocimiento de los objetos sobre que versa, la edad y carrera del que la estendió se adaptaban completamente á Feijóo. Ya se comprende que una obra de esta clase no prestaria suficiente motivo para ostentar sus dotes, y por otra parte era muy difícil que el interés de cuerpo no diera á la cuestion un colorido de apasionamiento. Lo tenia en efecto, aunque por lo demas estaba redactada con la naturalidad y fluidez que resaltan en todas sus obras. Otras escribió en prosa, asi como varias poesias ligeras en las que no nos detendremos, á fin de pasar al exámen de las de mayor importancia. Estas consisten en el teatro crítico y las cartas, impresas en trece regulares volúmenes en 4.° Constan de doscientas ochenta producciones entre discursos y cartas, de estension y profundidad muy diversas, y en que por lo regular las últimas se distinguen por la brevedad, y de consiguiente por tratarse en ellas mas someramente las materias. La variedad es prodigiosa, y apenas hay género alguno que no haya tenido conveniente colocacion. El mayor número

(1) Existe en el archivo de esta Universidad.

está destinado á combatir errores populares respecto á duendes, magia, zahories, milagros supuestos, astrología, energúmenos, eclipses y otros cien objetos y prácticas abusivas. Se ocupa muy señaladamente de la medicina, contra cuyos errores y empirismo entonces dominante ejercita su ilustrada crítica: examina muchos y curiosos problemas de física, historia natural y matemáticas: discute árduos puntos sobre historia, administracion y política: indica los vicios de la pública enseñanza que pocos mejor podian conocer, dedicado como estuvo á ella por espacio de treinta años dentro y fuera del claustro: y por fin se ocupa de otros ramos que fuera prolijo enumerar, como filologia, música, geografía, y hasta, á fuer de galante, toma á su cargo la defensa de las mujeres. Facilmente se advertirá, al tender la vista sobre este boceto de sus obras, que no era dable mostrase en todas igual profundidad de talento, la misma copia de erudicion. Los hombres omniscios no existen, y el tratar toda clase de materias con igual estension solo es dado á las poliantcas, donde muchos ingenios aportan el caudal de sus conocimientos. En especial las cartas no versaron sobre asuntos elegidos por él, sino propuestos por otras personas á cuyas instancias no pudo menos de deferir. En medio de esa prodigiosa fecundidad, qué erudicion tan admirable, qué claridad, qué soltura, y sobre todo qué fuerza de conviccion, y que amenidad! Bien puede asegurarse que hay pocas lecturas tan agradables como la de Feijóo, y los hombres bastante justos para dar á cada tiempo lo que le pertenece, no podrán menos de confesar que, si hoy viviese, teniendo á la mano medios bastantes para recibir la doctrina de nuestro siglo, seria un portento de instruccion.

He dicho que entre las preocupaciones que preferentemente combatió se cuentan los duendes, magia, zahories

y otras de este jaez. Han sido de todos los paises y de todos los tiempos: lo son hoy, y acaso lo serán siempre. En qué pueblo no ha aparecido de cuando en cuando algun duende que turbara el sosiego de cierto barrio, ó el de todos los vecinos? Nuestro benedictino daba un solo remedio que consistia en un arma de fuego bien preparada, y es seguro que con él quedaria limpio el mundo de los encubridores de fraudes y de delitos. Nada diré de los energúmenos que todos no conozcan bien. Los que hayan asistido á una de las reuniones en que con motivo de ciertas festividades se congregaban hace poco tiempo en un punto centenares de ellos, sabrán lo que puede en unos la malicia de aparentar lo que les conviene, y en otros una enfermedad puramente natural, elevada por sus interesados á la categoria de efectos producidos por el enemigo del linaje humano. Ya se entiende que, al hablar asi, dejo en su lugar la creencia en los que pueden ser verdaderos, porque la iglesia los reconoce, y ella es la guia de mi fé; pero los considero tan escasos, que, al lado de los muchísimos falsos, apenas se perciben, y estos son los que combato. Qué necesitamos recurrir á tiempos pasados, ni á los energúmenos, para hallar sancionados por la opinion de ciudades enteras sucesos tan repugnantes como aquellos á la sana razon? Pensemos solo en el magnetismo. Tal vez vosotros habreis oido á algun embaidor persuadir á sus oyentes de la trasposicion de los sentidos en el estado magnético, esto es, de que el conducto para trasmitir las impresiones de los objetos esteriores se habia cambiado, pasando al tacto el de la vista, á este el del oido, y verificándose otras análogas trasformaciones. Y lo que es mas repugnante, haberles convencido de que existe un conocimiento de lo que sucede á cien ó á mil leguas de distancia. Cabalmente el ritual romano para los exorcismos marca

esta adivinacion como una de las señales de los verdaderamente poseidos del espíritu satánico. A tal punto de abyeccion llegan los entendimientos cuando, renunciando á la alta dignidad con que el supremo Hacedor les ha investido, desdeñan sus mas nobles prerogativas, y queman incienso ante el ídolo del error. No basta tampoco que semejantes estravíos se vistan con el manto de la ciencia; porque la ciencia no vence imposibles, ni el espectáculo de las admirables conquistas hechas en el terreno de los adelantamientos nos autoriza para creer lo que se opone á nuestra razon. Tambien los zahories han tenido grande boga en todos tiempos. Se concibe muy bien que el deseo de adquirir riquezas con poco trabajo persuadiera á los ignorantes de la existencia de tesoros subterráneos; mas parece increible, si la realidad no lo confirmase, que supusieran la penetracion de su vista al traves de las capas de la tierra, y que siendo esos adivinos de la clase mas pobre, enseñaran á los demas lo que harto necesitaban para sí mismos. Los saludadores, pretendiendo curar con la saliva, ó por otros medios, no han sido escasos. Yo he visto á uno ejecutar sus falsas artes, y cuando apercibidas de tamaña supercheria las personas cultas, la hicieron pública, agitarse las masas populares á quienes convenció de que se le habia arrebatado su maravilloso poder.

Los sucesos inesplicables siempre han sido gratos al vulgo, porque los mira como un nivel que iguala su ignorancia con los ordinarios fueros del saber. De aqui la multitud de milagros creidos sin exámen por la generalidad, y respetados aun por hombres ilustrados que huyen de la nota de impíos, si sujetan al crisol de las buenas doctrinas las creencias vulgares: como si á merced de cualquiera cerebro enfermizo, de un celo indiscreto, ó de manejos interesados hubiese dejado Dios la facultad de trastornar las

leyes de su obra. La doctrina celestial tiene por sí sola todo el influjo que ha menester para conducirnos por el camino de nuestras buenas acciones á la patria de los justos. Los milagros verdaderos, los examinados y declarados tales por la iglesia son el mas fuerte testimonio de la santidad de nuestra fé; pero los milagros fingidos sirven de pretesto á los infieles para negarlos todos. Lo peor es que los errores no quedan limitados al vulgo cuya ignorancia tiene disculpa, sino que hallan cabida en los escritores, haciendo vano aprecio de cualesquiera rumores populares. Cree el docto lo que finge el vulgo, y despues el vulgo cree lo que escribe el docto. Por eso el sapientísimo Melchor Cano (1) se duele amargamente, y en términos que no me atreveré á repetir, del daño que á nuestra religion causan tan fabulosas relaciones. Pero entre todos los falsos milagros que el P. Feijóo combatió, ninguno mas ardorosamente que uno, el cual ya por suponerse verificado en este pais, ya por las circunstancias especiales que concurrieron, merece que llame hácia él vuestra atencion. Todos sabeis que á la distancia de cerca de tres leguas de Cangas de Tineo hay en despoblado una ermita dedicada á San Luis, y poco visitada ordinariamente: solo el dia del Santo, el 19 de Agosto, se celebra la fiesta con tan grande concurso, que la iglesia se llena por completo. A mitad de funcion se observaba el estraño fenómeno de que en las vestiduras del sacerdote celebrante, algunas veces en el caliz para la consagracion, y en los altares, solian aparecer algunas flores que ni el viento, ni otro medio natural hubieran llevado á tales sitios. Las crédulas gentes tuvieron su aparicion por milagrosa, y varios autores nacionales y estranjeros la mencionaron en idéntico concepto Contra todos tomó la pluma el decidido monje, y demostró

(1) Lib 11 de Locis Theologicis.

que no eran flores, sino diminutos insectos, con tal abundancia de razones, que á nadie debiera quedar el menor viso de duda. Pero la órden seráfica, bajo cuya proteccion estaba la hermita, recibió en ello agravio, y su general envió mandato al guardian del convento próximo para que comprobase la certeza del milagro. Acudió este al juzgado eclesiástico del obispado pidiendo comision, á fin de practicar informacion sobre el hecho, y conferida al mismo guardian, la recibió, examinando á varios testigos que asistieron con tal objeto á la festividad, y unánimes depusieron la súbita aparicion de las flores. Conoció en aquel punto Feijóo que su buen nombre como escritor y su concepto como religioso, se hallaban interesados en que se hiciera patente toda la verdad, y verificó una contrainformacion, no en que el juez fuese la parte que volvia por los que suponia menospreciados derechos, sino un estraño recto é ilustrado, lo mismo que los testigos en considerable número, tomándose todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. El éxito coronó sus esfuerzos, y quedó demostrado para siempre que el suceso estaba contenido dentro de los límites de la naturaleza (1). Ahora que han trascurrido cien años, qué juicio se forma de él? No solamente nadie se ocupa de tal milagro, sino que quien no lo haya leido en las obras de Feijóo, ni noticia tiene de que jamás hubiese sucedido. Asi el tiempo, maestro de desengaños, acreditó su razon en ese, como en otros asuntos. Tambien dedicó un escrito espresamente á tratar de la campana que se hallaba colocada en otra hermita inmediata á Velilla, pueblo situado ocho leguas mas abajo de Zaragoza, en la márgen del Ebro. La tradicion referia que esa campana se tocaba por sí sola, no en cualquiera oca-

(1) Esta informacion decretada por el obispo D. Juan Avella se conserva en el archivo de la Santa iglesia catedral de Oviedo.

sion, sino cuando ocurria algun grave acontecimiento del que era sobrenatural mensajera. De ella habla el modelo de analistas españoles, el inmortal Zurita, negando el asenso al milagro. Añade que el vulgo refirió haberse tañido el 4 de Agosto de 1435, víspera del combate marítimo que los genoveses dieron junto á la isla de Ponza á las fuerzas de los reyes de Aragon y de Navarra, y en que estos dos monarcas fueron hechos prisioneros, volviendo á tocarse el dia antes de ser puestos en libertad (1). El ilustre benedictino deja este fenómeno en la clase de meramente natural. La famosa campana que tan soñada virtud tenia fue sacada del sitio donde se hallaba, y ni se sabe donde está, ni se acuerda nadie de ella.

Estraño parece que se ocupe de las artes divinatorias, pero la esperiencia demuestra que aun quedan muchos que las siguen, en público unos, en secreto otros, como avergonzados de su indisculpable flaqueza. Restos de las antiguas prácticas gentílicas, en las que, como todos sabeis, se consultaba á los astros en su situacion, á las aves en sus vuelos y en sus cantos, á las víctimas en sus entrañas, á los sueños en sus desvaríos, á la naturaleza entera en sus mas sencillos fenómenos. Por eso habia la nigromancia, la oniromancia, la aruspicina, y tantas otras adivinaciones á cual mas ridícula y absurda. Ciceron en su obra de *divinatione* las proscribió todas (2), y es de estrañar que lo que hizo un gentil lo deshagamos nosotros, cuando

(1) «Tambien fue cosa muy pública que se tañó un dia antes la campana de Velilla, cosa á que cada cual podrá darle el crédito que le pareciere. De mí puedo afirmar que si lo viese, como hay muchas personas de crédito que lo han visto, pensaria ser ilusion, aunque en aquellas memorias antiguas se escribe que cuando se tañe, el sonido se da á manera de cruz, y los que la oyen tañer por sí afirman ser diferente el sonido del que hace cuando otros la tañen.» (Zurita, anales de la corona de Aragon, lib. 14)

(2) Solo se atrevió á conservar la aruspicina, no porque creyese en ella, sino porque formaba parte de la religion romana. *Ut ordiar al Haruspicina quam ego reipublicæ causa communisque religionis colendam censeo; sed soli sumus: licet verum exequi sine invidia*, decia á su hermano Quinto en uno de sus libros de divinatione.

ademas tenemos una religion que ha reprobado todas las supersticiones. Hoy subsisten principalmente la chiromancia y la arithmomancia destinadas á adivinar aquella por las rayas de la mano, esta por los números. ¿Quién ignora que esa raza nómada, y de tipo inalterable, llamados gitanos, anuncian á las gentes sencillas su suerte, y les dicen la buenaventura, contemplándoles, al parecer con mirada escrutadora, los lineamentos impresos en sus manos? Tambien es frecuente hacer alarde de su horóscopo por medio de naipes, ó por combinaciones de números, igualmente absurdas. La fascinacion, ó mal de ojo, como vulgarmente se llama, es acaso la mas antigua de las vanas observaciones. Los gentiles contaban en el número de sus divinidades á Fascino, á quien invocaban para que los libertase de ese pernicioso influjo, y repetido es hasta la trivialidad el verso de Virgilio: *Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos*. Hoy subsiste tan ridícula aprension, vosotros la habreis esperimentado, y observado los amuletos con que la ignorancia piensa protejer á los niños y á los ganados contra la funesta mirada del ser fascinador. Todos esos deplorables estravíos, y muchos mas atacó de frente Feijóo, sin que lograse siempre el fin que se proponia. Hubo ocasion en que, habiéndose presentado un energúmeno, demostró prácticamente que no lo era, y le sorprendió en mil contradicciones; pero la preocupacion torcia hasta la inteligencia de lo que dicta el sentido comun, y fueron necesarios todos sus esfuerzos para convencer de la ficcion. Por fortuna en nuestros dias algunas de dichas creencias han sido del todo abandonadas, el número de otras se ha disminuido, y distan no poco de lo que fueron en otros tiempos. A ello contribuyó poderosamente el benedictino, y es uno de los títulos que adquirió á la gratitud general.

Una persona de tan claro talento, y de tan vehemente anhelo de ser útil á sus semejantes, no podia permanecer indiferente al ver por esperiencia propia el torcido sesgo dado á la enseñanza, y el escaso fruto que de ella se recogia. Vosotros que conoceis los libros que se ponian en manos de la estudiosa juventud, sabeis que ni por el fondo de la materia en ellos contenida, ni por la manera de esponerla, podian alcanzar un resultado de útil instruccion. No hace muchos años que se enseñaba la filosofía en algunos establecimientos por el Goudin, y difícil es comprender si habia en todo él algun estudio fructuoso, á escepcion de la moral. No soy de los que, por el solo hecho de haber recibido la sancion de otros tiempos, rechace ciertas doctrinas: ellos patrocinaron algunas muy sanas, y ahora patrocinamos las nuestras, que acaso algun dia parecerán tan absurdas, como creemos hoy las que pasaron. Aristóteles fue uno de los mas elevados ingenios que entonces existieron; sus obras las mas respetables que se conservan acerca de la filosofía. Ninguno de los filósofos de la antigüedad las ha dejado que puedan compararse á ellas. Sócrates nada escribió: de algunos solo quedaron fragmentos, como de Epicuro: estos escribieron de política, de moral y de teología natural, como Platon, salvo lo poco que de física vertió en su Timeo: aquellos únicamente de moral, como Séneca, Theophrasto y Epicteto; pero el Stagirita de todo. Abranse sus obras, y se hallarán tratados de la divinidad, de dialéctica, de moral, del alma humana, de política de historia natural, de retórica, de astronomía, de física. Erró mucho, aunque en mucho acertó, y qué filósofo antiguo no erró tanto ó mas que él? Pero reconozcamos tambien, como lo dice el mismo Feijóo, que gran parte de su fama fue debida á causas estrañas á su mérito, y que solo por este jamás la habria al-

canzado. La mas poderosa de todas fue, en mi sentir, la proteccion dispensada á su doctrina por el angélico doctor Santo Tomás de Aquino en sus obras de teología. Desde entonces las escuelas, encomiando la doctrina del Santo, encomiaron á su protegido, quien, por su buena suerte en obtener tal patrono, salió de la oscuridad en que habia caido acaso para siempre. Asi se unieron ambas, la teológica y la filosófica, con tan estrecho vínculo, que tocar la una, era causar notorio agravio á la otra. De esta manera la escuela del liceo ha conservado en los últimos siglos tal preponderancia en España y fuera de ella, que con ser peripatética una doctrina, parecia haber llenado los números de la perfeccion. Y si el fruto recibido hubiera sido provechoso, pase en buen hora; pero desgraciadamente no se recogió sino cosecha de sutilezas y de tan porfiadas como estériles cuestiones. Concretémonos á la dialéctica que es el título mas glorioso de Aristóteles, y el que mas ha contribuido á darle nombre inmortal. Versa casi toda acerca de las diferentes clases de proposiciones y de silogismos, cuyo número parece fabuloso, con las varias combinaciones de que son susceptibles, y tras ellas largo séquito de definiciones, divisiones y subdivisiones en esponibles, equivalencias, conversiones y otras mil. Daban el nombre de súmulas los antiguos escolásticos á tan inútil baratija, como la llama el P. Feijóo, reducida por él á dos pliegos, sin que por eso dejaran de salir de su cátedra escelentes lógicos. No significa esto que yo proscriba y lance un anatema contra la argumentacion silogística que tiene entre nosotros defensores á quien respeto, y no ha muchos meses que la hemos visto practicar tan hábil, como decorosamente. Ocasion hay en que seria conveniente para atajar digresiones, y concretar la espresion de nuestro pensamiento. Pero tambien es cierto que con ella no recibe la

estension que necesita, y que parapetados á veces los contendientes tras de las fórmulas que las constituyen, no se llega al punto de la cuestion, eludiéndola mañosamente, ó sin ser parte en ello la intencion, se encaminan los golpes á donde no está el blanco de la dificultad. El P. Feijóo puso de manifiesto todos esos vicios, é indicó al propio tiempo los medios de corregirlos, modificando en los libros y métodos de enseñanza lo que en su opinion exigia imperiosa reforma. Al tratar de la física, sus esfuerzos fueron todavia mayores, aconsejando que se saliera del torcido camino de inútiles discusiones, para entrar en el único recto de la esperiencia. Se creia entonces impropio de las universidades, y como atentatorio á sus altos fueros, valerse de objetos materiales para comprobar los dogmas de la ciencia, y que esta solo se mantiene en la elevada region que le corresponde, girando por la órbita de la pura controversia. Como si los fenómenos de la naturaleza no hubieran de estudiarse en la naturaleza misma, y como si la comprobacion de sus leyes por medio de hechos que ella nos revela, no condujese mas directamente á la adquisicion de la ciencia, que todas las vanas é infundadas teorias. No repetiré los escelentes apotegmas que á este propósito inculcó, en razon de su número, y porque vuestra ilustracion los comprende bien, y solo se concibe que hubiera necesidad de ellos, si se tiene en cuenta el estado en que á la sazon se hallaba nuestro pais. Hoy en las escuelas públicas nadie se acuerda de Aristóteles, sino como de una de las venerandas glorias del antiguo saber. Los clamores incesantes de Feijóo por la reforma de los estudios resonaron tan fuertemente, que llegaron á oidos de S. M. D. Carlos III y de su consejo, quedando consignado en un documento muy honorífico para él, aunque posterior á su muerte. Este fue el plan de es-

tudios decretado en 12 de Abril de 1774 para el régimen de nuestra Universidad, donde, al hablar de la facultad de artes, se señala para testo el Goudin, pero encargando, «que se aparten de la enseñanza todas las cuestiones supérfluas que descarta de los estudios filosóficos el P. maestro Fr. Benito Gerónimo Feijóo, teniéndolo presente los catedráticos, para que la juventud no malogre el tiempo en cuestiones ridículas.»

Pero si mereció la aprobacion del monarca, en cambio atrajo las iras de dos escritores, el uno anónimo y el otro el P. Fornés, quienes publicaron aquel dos tomos, este uno en defensa de un autor combatido por Feijóo. *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.* El célebre Raymundo Lulio escribió una lógica con el título de *Ars magna,* en la que pretendió enseñar el buen órden de los conocimientos humanos bajo una forma que en su sentir era la mas adaptable para su completa adquisicion. El método seguido consistia en una division á cuyas partes llamó alfabeto, figuras, definiciones, reglas y otras hasta el número de trece. He leido con no escasa paciencia toda su obra, y me persuado firmemente de que tan estraña ordenacion del saber, lejos de contribuir á la ilustracion de nuestra inteligencia, únicamente sirve para oponer un nuevo obstáculo. El P. Feijóo se ocupó de él, solo de paso, indicando algun dato referente á su vida; pero como pertenecia Lulio á la religion de San Francisco, la cual le considera como Santo, y en tal opinion le tienen los habitantes de Mallorca donde nació, se hirió la susceptibilidad de la órden, la cual salió en su defensa. No examinaré el fondo de su doctrina, pero puede sostenerse con fundamento la inutilidad de la ponderada arte magna para el estudio de las ciencias.

Entre todos los variados ramos de que escribió nues-

tro monje, de ninguno con mas calor, ni con mas aficion que de medicina. Parece en él una pesadilla, pues son muchas las ocasiones en que comienza á hablar de otros objetos, é indeliberadamente incide en la medicina, como impulsado por una fuerza irresistible. ¿Qué mucho si estaba observando todos los dias los errores funestos abrazados por la opinion pública, y las consecuencias de los equivocados dictámenes y tenaces sistemas de sus profesores? Y no fue solo con sus consejos, sino tambien con su ejemplo con lo que demostró lo falible de esa ciencia. Ya os he dicho de qué manera curó la fiebre de la que se vió acometido pocos meses antes de morir. En el prólogo del tomo 3.º de sus cartas afirma que hacia treinta y seis años que no tomaba medicamento ninguno, conservando entonces, en la edad de setenta y cuatro, salud muy cabal. Otro tanto hacen algunos hombres de buen juicio que, despues de considerar la contradiccion é insubsistencia de la mayor parte de los sistemas, y de haber estudiado su naturaleza, se convierten en médicos de sí mismos, invocando muy escasas veces el ausilio de los que lo son de profesion. Y si esto sucede hoy, ¿qué diremos de los tiempos en que él escribió? Haciase entonces en seis años la carrera, cuatro de teoría, dos de práctica al lado de un profesor; pero la teoría no se crea que consistiera en el estudio de la estructura del cuerpo humano, y del ejercicio de sus funciones, tanto en el estado de salud, como en el patológico, sino en cuestiones las mas ridículas, como si la enfermedad pertenece al predicamento de cualidad, ó al de relacion, si su razon formal constitutiva es esta ó aquella, y otras semejantes. Y el caso es que el que sostenia con mayor tenacidad una de esas tesis, y envolvia, como decian, al adversario con la fuerza de sus silogismos, era reputado escelente facultativo, y le bastaba para

adquirir una colocacion ventajosa. El P. Feijóo despues de demostrar lo inconducente de dicho plan, propone el órden de los estudios que por una prevision fundada en su recto juicio, ha venido á ser casi el mismo que hoy se sigue en las escuelas. Tuvo ademas á la vista los trabajos hechos en su tiempo por el doctísimo médico D. Martin Martinez, quien en una obra en dos tomos titulada Medicina escéptica probó la incertidumbre de esta ciencia. Es verdad que el mismo Martinez le escribió una carta combatiendo algunas de sus ideas; pero no versaba acerca de las mas importantes, porque en estas se hallaban enteramente conformes, y asi lo reconocian ambos. Tachábale de rebajar el prestigio de la carrera, de llevar aun mas allá que él la desconfianza, y de ser imposibles algunos de los medios que indicó para graduar la pericia de un médico. Con sumo acierto se defiende Feijóo; admite la utilidad de la medicina, como no podia menos de admitirla, si bien cree que el camino para llegar á conocerla es el de la conviccion de su incertidumbre. Las reglas que dió para la eleccion de profesor son muy notables. Que sea buen cristiano, porque asi se dedicará con mayor perseverancia al estudio de la facultad, considerando que ha de dar cuenta á Dios de sus descuidos: muy juicioso, y de temperamento no facilmente impresionable: libre en abrazar el sistema que mas convenga á cada caso: parco en los remedios: en la observacion atento; y que tenga en su favor la opinion de sus buenas curaciones. Entre dos médicos, uno que haga alarde de entendido, y que asegure la curacion de la enfermedad, y otro que dude, reconociendo la insuficiencia de sus medios, opta siempre por este. Acaso su desconfianza haya sido algo escesiva; pero no puede negarse que Feijóo comprobó con clarísimas razones cuanto espuso, y vertió admirable erudicion al examinar los sistemas médicos,

su mútua contradiccion, y la importancia del propio dictámen. Pretendió que la medicina girase sobre el eje inalterable de la observacion y la esperiencia, y combatió las funestas preocupaciones de adherirse á este ó al otro sistema, á tal ó cual autor, Quién presumiera entonces que andando el tiempo, habria de obtener considerable aplauso un sistema, el hidropático, muy conforme con el uso del agua que tan eficazmente recomendó?

En otros muchos ramos ejercitó su bien cortada pluma, pero su admirable variedad, y los límites de un discurso que van estendiéndose demasiado, no me permiten examinarlos con la detencion que deseara. Muchos de sus escritos versan acerca de ciencias naturales y físico-matemáticas. Hoy son ya de escasa importancia, porque el progreso de los tiempos les ha dado tan rápido impulso, que se han trasformado por completo. El que no tenga presente lo que eran entonces entre nosotros, creerá atrasado al benédictino, porque hallará en él crasisimos errores. Mas el que ponga en cuenta su estado, lo que fueron nuestras aulas y nuestros sabios, le verá marchar al frente de la civilizacion española. No fue la luz, pero fue el precursor de ella. El docto americano D. Pedro de Peralta decia: «En la produccion del Illmo. Fejióo se desempeñó este siglo de todo lo que estaba debiendo á los siglos precedentes (1).»

El número escesivo de los dias festivos, perjudicial á la agricultura, á las artes, y hasta á la piedad misma, del que habian escrito Saavedra, Ustariz y Fernandez Navarrete, llamó vivamente su atencion, y tan acertado anduvo al demostrarlo, que el gefe visible de la iglesia, el Papa Benedicto XIV lo reconoció, al hacer estensiva á toda la iglesia en virtud de las razones aducidas por Feijóo,

(1) Lima fundada, t 2.° núm. 30.

la medida adoptada para su reduccion en España por el sínodo Tarraconense, y que habia aprobado la Santidad de Benedicto XIII. Un testimonio idéntico dió el mismo Pontífice respecto á la música de las iglesias, sobre la cual espuso tan evidentes consideraciones, que en el breve espedido por Su Santidad para su reforma en los estados pontificios, cita hasta dos veces la doctrina del reverendísimo benedictino (1). D. Manuel Ventura de Figueroa, en carta dirigida á este, fecha 5 de Octubre de 1763, repitió las frases que en la oracion fúnebre del referido Papa habia pronunciado Fr. Manuel Barrera Narvaez, general de carmelitas, «fue S. S. apasionadísimo, decia, á ese grande hombre, honor de nuestra nacion, el sapientísimo P. Feijóo, cuyo teatro crítico me dijo muchas veces que leia con gran gusto, y aun confesaba que aquel su tratado de la música de los templos le dió el último impulso para la reforma que hizo dentro de su estado.» Finalmente dió escelentes consejos para mejorar la agricultura, y para la creacion de sus juntas, de organizacion análoga á las que hoy existen; asi como el establecimiento de colonias en tiempo de Carlos III guarda relacion con lo que sobre este punto dejó consignado en sus obras.

Parecia natural que quien tantos beneficios habia dispensado á sus semejantes, no recibiera de ellos sino buena correspondencia. Pero no fue asi: tan pronto como vieron la luz sus primeros tomos, un torrente de escritos se des-

(1) Recens scriptor, Benedictus Hieronymus Feijóo, magister generalis ordinis Sancti Benedicti in Hispania, in suo theatro critico universali, sermone 14, pericia et scientia notarum musicarum innixus, rationem indicat qua redigi possent musicæ ecclesiarum ad eum modum et rationem quæ in omnibus penitus esset theatrorum musicis concentibus dissimilis. (Bullarium Papæ Benedicti XIV; 19 Februari 1745, par 9.) Et quidem quod ad instrumenta attinet quæ in cclesiis permiti possunt, Benedictus Hieronymus Feijóo in allegato sermone organa aliaque instrumenta admitit, amoveri autem vellet lyras tetracordas. Quoniam quum illæ plectro tanguntur, armonicos quidem modos edunt, sed adeo acutos, ut puerilem in nobis potius hilaritatem quam gravem erga sacra mysteria venerationem animorumque intentionem excitent. (Ibid part. 11.)

bordó, amenazando destruir sus mas bellos planes. Ya previó la impugnacion, y aun la anunció en el prólogo del primer tomo del teatro. Ni podia ser otra cosa. El que contradiga los errores del vulgo, y de los que pasan por sabios, hallará siempre viva resistencia, y aun persecucion; y acaso fue menester la generosa proteccion que Fernando VI y Carlos III le dispensaron para evitar mas amargos sinsabores: asi y todo no fueron leves los que padeció. Varios médicos se ensañaron contra él, y lo mismo hicieron otras personas, volviendo por sus menoscabados intéreses. Algunas hubo tambien á quienes azuzó esa pasion ruin, propia solo de almas tan viles como pequeñas, la envidia, raiz de infinitos males, carcoma de las virtudes, como la llama el envidiado Cervantes. No por eso dejaban de conocer su mérito, sucediéndoles lo que á Guillermo de Nassau con el duque de Alba, *quem palam oderant, clam admirabantur*. Asi es que ademas de las obras citadas anteriormente, salieron otras al estádio. La principal fue la que escribió el P. Mañer con el título de Antiteatro crítico en cinco tomos. No le falta erudicion, y enmienda bien algunos de los defectos de Feijóo, porque los cometió, y no cabia otra cosa en ningun autor, y menos en quien solia escribir *calamo currente*, y muchas veces sin libros. (1). Pero entre ciento que corrige, uno lo es en realidad, los demas cabilosidades suyas, mala inteligencia, ó no mejor fé. Tributa frecuentemente merecido homenaje al saber, elogiando muchos discursos con leves modificaciones, otros sin restriccion, y era tal el ascendiente que Feijóo ejercia sobre todos los ánimos, que hasta los aprobantes de los tomos de aquel, se convirtieron en sus panegiristas. Andando el tiempo Mañer reconoció la sin razon de sus ataques, rindió las armas, y fue

(1) Teatro, t. 7.°, aprobacion 1.ª

uno de sus constantes apasionados. Otro de los adversarios mas tenaces fue Armesto. Faltábale para ser digno competidor lo que nunca es disculpable ni en la conversacion ni en los escritos; faltábale urbanidad. Quiso ser mediador entre Feijóo, sus críticos, y apologistas, aunque con habilidad tan escasa, que no solo no merecia terciar en el debate, pero ni aun tomar en él una pequeña parte. Curioso es el juicio que apropósito de Armesto hizo el Memorial de los literatos, periódico que se publicaba en aquel tiempo. «La impugnacion del teatro crítico, decia, es una comedia tantas veces repetida, que aun estando muy bien representada, no dejará de causar molestia á sus oyentes. Aunque con grandes carteles, cada dia es menor el concurso. La gente de buen gusto acudió la primera vez á la novedad, pero desengañada, se retiró al punto. En las guerras de Minerva, como en las de Marte, no siempre el que acomete puede lisonjearse con la esperanza del triunfo (1).» Soto y Marne escribió dos tomos, otros dos el P. Antonio Pascual, uno el médico Bonamich, y otros varios se dieron á luz con muchos opúsculos sobre puntos especiales, de manera que no bajaron de ciento los volúmenes publicados acerca de las obras del P. Feijóo, incluyendo los suyos. A tal grado de acaloramiento llegó la contienda, que el rey D. Fernando VI, por su decreto de 23 de Junio de 1750, disponia lo que sigue: «Quiere S. M. »que tenga presente el consejo que, cuando el P. maestro »Feijóo ha merecido á S. M. tan noble declaracion de lo »que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atre»va á impugnarlos, y mucho menos que por su consejo »se permita imprimirlos» Acto de intolerable despotismo, segun le llama el Sr. Alcalá Galiano (2), en otra ocasion

(1) Memorial de los literatos, t. 2.°, art. 19.

(2) Historia de España, t. 5.°

que en aquella, cuando se empleaba en proteger la ciencia contra la desatada rabiosa furia de la ignorancia, empeñada en concitar contra el desterrador de preocupaciones las pasiones populares. No de otra manera, habiendo Archimedes votado al agua en Sicilia, con levísimo esfuerzo, un buque de tamaño desusado, contra el general dictámen, prohibió Hieron que nadie criticase los planes de aquel sabio. Salieron tambien á la palestra para defenderle muy entendidos escritores. El mas ardoroso de todos fue el P. Fr. Antonio Sarmiento, maestro general de su religion, y uno de los censores del primer tomo del teatro. Habiase fijado un anónimo cartel de monomaquia contra él y contra Feijóo, desafiándolos á que sostuvieran sus doctrinas, y nadie en verdad mas digno de aceptar reto tan arrogante. Defendióle con tanto acierto, y con tal copia de datos y de razones, que no sé que deba estudiarse mas, si la obra defendida, ó la del apologista. Rico venero de erudicion, nada queda por dilucidar, y las citas estan tan fielmente comprobadas, que invitó á cuantos quisieran para que acudiesen á él, porque las tenia registradas todas. Alli se dice que á los seis años de publicarse el tomo 1.°, ya se habian hecho cuatro ediciones, y tres del 2.° y del 3.°, y vendídose dos mil doscientos cincuenta ejemplares del 4.° que acababa de darse á luz, teniendo que reimprimirse por quinta vez el 1.° Quince ediciones cuenta Semper y Guarinos haberse hecho de las obras de Feijóo en 1786 (1), y considerando que el último tomo hacia solo veinte y seis años que se habia publicado, con dificultad podrá recordarse una obra que haya merecido aceptacion tan universal. Y digo universal, porque muy pronto fue traducida al frances, al portugues, y al italiano en Roma y Venecia. El abate Franconi en la dedicatoria de su traduccion

(1) Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III, t. 3.°

al último de dichos idiomas, despues de llamarle eruditísimo, refiere que ha merecido la aprobacion de los literatos de varias naciones, especialmente en Roma (1). El mismo Feijóo tuvo que salir á la defensa de sus obras en la que tituló ilustracion apologética, respondiendo al antiteatro del P. Mañer. Fuerza es reconocer que no lo hizo con la templanza que correspondia á su educacion y á la bondad de la causa que sostenia. Da rienda suelta al resentimiento, y convierte amenudo en dicterios lo que solo debieran ser razones. Verdad es que, sin provocacion de su parte, habia sido maltratado, y que San Pablo encarga la energia en la defensa cuando uno se ve injustamente acometido (2), pero siempre debe conciliarse con la moderacion. Algunos la culparon de vano y jactancioso, y despues de haber leido con cuidado sus obras no he hallado sino constantes pruebas de su modestia. En la antigüedad cuando los escritores eran impulsados por la buena fé, casi todos hicieron su propio elogio, porque se creia lícito al hombre eminente pensar muy elevado de sí mismo, y nada ofensivo el publicarlo. La falsa modestia de nuevos tiempos ha hecho que parezcan humillarse los que tal vez abrigan en su corazon el sentimiento de una vana presuncion. Unicamente en un escrito, en la carta 33 del tomo 1.°, se igualó á los grandes ingenios. Habíasele tachado de inventor de voces castellanas, y al defenderse de este cargo, alega que los talentos vulgares se detienen ante esa consideracion, pero que el genio aprovecha cuanto se le presenta á mano, sabiendo hacer el uso que solo á él es permitido. No iré tan lejos en cuanto á esa libertad como plugo al ilustre

(1) All celebre theatro crítico dell eruditisimo Feijóo que á meritata l'aprobazione é il plauso di tutta non solamente la Spagna come dalle mole impresioni di esso fatte puo vedersi, ma di quei litterati ancora di altre nazioni, é specialmente di Roma. (T. 1.° traducido, dedicatoria.)

(2) Epistola 2.ª ad Corinthios.

monje, aunque da tan solidas razones en defensa de ella, que son clara muestra de sus conocimientos filológicos, y en prueba de su acierto bastará decir que casi todas las voces de dicha clase recibieron despues el cuño marcado por el uso, único árbitro de su legitimidad. Táchósele igualmente de cometer algunos galicismos, y no faltan comprobantes de este aserto. Tambien en ellos asi como en los italianismos incurrió el inmortal Cervantes, y Ciceron en no pocos helenismos, porque cuando se ha leido ó hablado en una lengua, difícil es, sino imposible, precaverse de ciertos giros y aun palabras adoptadas, por no advertir su orígen.

Los testimonios que pudieran invocarse en su favor son muy numerosos: ya os he indicado algunos. Pero no pasaré en silencio dos cartas laudatorias que le dirigieron los cardenales Cienfuegos y Querini, español el uno, italiano el otro. Decíale aquel desde Roma con fecha 27 de Junio de 1733 entre otras cosas: «Los talentos de V. R. son tan grandes, que parece habérselos Dios comunicado á fin de quitar la vanidad á los ingenios de su siglo,.... ya se considere su erudicion casi infinita, ya una indecible gracia.... Y aunque todo esto admira mucho, me causan mas alta admiracion su modestia y su humildad.» Querini desde Brescia, cuya silla metropolitana ocupaba, le escribió «que hacia grande estimacion de su talento verdaderamente admirable en el arte crítico, y asi mismo en otras ciencias mas sublimes.» Muchos estranjeros é infinitos españoles le dirigieron las mas lisonjeras cartas; bastará decir que con ellas podian formarse tres ó cuatro volúmenes (1), pero su modestia rehusó la publicacion, aunque á ello le instigaban sus apasionados. Entre ellas son notables la de Mr. Boyer, médico de cámara del rey de Francia, quien hizo



(1) Tomo 5.° aprobacion 1.ª, carta 22, t. 4.°

insertar en el Mercurio un estracto del primero y segundo tomo que, dice, causaron allí la admiracion de todo el mundo, y la del académico D. Ignacio Torres y Condamine desde Paris, describiendo sus bellezas. Obtuvo completa aprobacion del ilustre genealogista D. Luis de Salazar y Castro (1), y del P. maestro Florez, autor de la España sagrada (2). Hasta el festivo P. Isla mojó su diestra pluma con el veneno de la mas amarga sátira, para defender á Feijóo de los ataques del doctor D. Pedro de Aquenza y del bachiller D. Diego de Torres (3). Ya puede presumirse del autor de Fr. Gerundio y del dia grande de Navarra lo desapiadadamente que trataria á los que hizo blanco de su encono. En honor de la verdad, si Feijóo no hubiera tenido otros defensores, mal parada quedaria su causa, porque á vueltas de una sola razon vierte el P. Isla un diluvio de dicterios. Pero en las poquísimas ocasiones en que habla formalmente le llama el fenix de los ingenios, y dice de él lo siguiente: «El motivo que he tenido para escribir este papel es ver insultado con tanta audacia á un hombre verdaderamente grande, á quien con admiracion traté, aunque solo una vez, cuando estuve en la corte. Véole sin razon acometido, y aunque no soy de los quijotes, deseo á lo menos desembarazarle el camino, para que prosiga la utilísima obra que tiene entre manos, y en que considero interesada la nacion, por mas que charlen los Apolineos Archilocos.» Mas adelante añade que todos los Aquenzas que ha habido y hay en el mundo, no

(1) Teatro t. 1.°, aprobacion.

(2) Hallándose ya este reverendísimo avecindado, y con tan noble plaza, en la república literaria, solo su reverendísima puede dar, no recibir, nombre y aplauso á otros, y coronarse con el único blason que le labra su fama. (Teatro, t. 2.°, aprobacion.)

(3) Esta apología consta de cuatro escritos, á saber, una respuesta á dicho Aquenza, otra al templador médico del P. Rivera, una carta gratulatoria contra aquel, á nombre de un médico de Sevilla, y unas glosas de Pedro Fenandez á las posdatas de Torres, en defensa del médico D. Martin Martinez y del teatro crítico.

son capaces de esterilizar ese espacioso campo de tantas literarias mieses. Existen ciertos puntos de contacto entre el defensor y el defendido: ambos pertenecian á dos religiones que han producido hombres eminentes: los dos escribieron contra errores generalmente admitidos: uno y otro recibieron tremendas impugnaciones, y el tiempo ha dado lo razon á los dos, corrigiendo en gran parte los abusos que criticaron. Solo está la diferencia en que las obras del P. Feijóo eran de mas importancia, y por tanto sus servicios han sido de mayor provecho á la humanidad. Entre los modernos no hay para que deciros el juicio que de sus obras se ha formado. Todos los estranjeros que han publicado revistas de autores del siglo pasado, ó que se han ocupado de nuestra civilizacion y literatura, no han podido menos de pagar justo tributo al que tal vez contribuyó mas que ningun otro á su progreso en la primera mitad del anterior. Asi Tapia como Ferrer del Rio, Llorente como Galiano, todos á porfia aplauden el indisputable servicio que prestó á las letras y á la pública opinion. Modesto en sus costumbres, agradable y aun festivo en su trato, tuvo presente que la sólida piedad tanto dista de la supersticion como de la incredulidad proterva. Si en algunos ramos no brilló con el resplandor que hoy alumbra á las ciencias, efecto era inevitable del atraso de su siglo, si bien en ellas, como en toda clase de conocimientos, demostró erudicion vasta, sumo candor, y un espíritu de conviccion y una amenidad que son dados á muy pocos escritores. Algunos le habrán aventajado en ciertos ramos del saber, aunque ninguno en universalidad, en facilidad de produccion, y en firmeza para atacar de frente los errores vulgares. Grandes embarazos le fueron suscitados, pero, como dice Semper, su patriotismo ayudado de su pluma feliz, y mas particularmente del arreglo de su conducta,

triunfó de ellos, y grabó su nombre en el templo de la inmortalidad.

Vosotros, jóvenes, que os dedicais al estudio de las ciencias, ahi teneis un dechado á quien imitar, y una prueba de lo que alcanza la aplicacion secundada por el talento. No á todos es dado llegar á la cumbre de los conocimientos humanos, ni son los mas apropósito los tiempos que corremos, en que el ánimo se ve combatido por todo linaje de causas que perturban el sosiego que han menester las letras. Pero si procurais cerrar los oidos al murmullo con que el mundo llama vuestra atencion hácia objetos menos convenientes, y marchar por el camino que os trazarán vuestros dignos profesores, acaso llegareis un dia á aumentar el catálogo de los hombres eminentes que ha producido, y que hoy posee este pais. Agradezcamos todos al gobierno de S. M. la solicitud perseverante con que ha procurado dictar la nueva ley de instruccion pública afianzada sobre las bases establecidas por los poderes legislativos del Estado, y congratulémonos de que en este dia se hayan abierto de nuevo esas puertas á las enseñanzas que dieron tan ópimos frutos en los pasados tiempos, como sin duda los producirán en los venideros.

He dicho.

MANIFESTACION

DE GRACIAS DIRIGIDA AL RECTOR Y CLAUSTRO GENERAL, EN EL ACTO DE LA DISTRIBUCION DE LOS DIPLOMAS DE PREMIO POR DON JOSÉ GONZALEZ ALEGRE, QUE HA OBTENIDO EL DE LAS ASIGNATURAS DE QUINTO AÑO DE LA FACULTAD DE DERECHO.

Ilustrísimo Señor :

Al recibir de manos de S. I., y en medio de tan respetable auditorio, un atestado altamente honorífico, la emocíon mas profunda agita mi alma, y los sentimientos mas puros de gratitud dominan mi corazon.

Intérprete en tan solemne acto de mis compañeros, quisiera tener palabras bastante espresivas y elocuentes para poder manifestaros cumplidamente su grande y sincero reconocimiento,

No lo conseguiré, porque hoy es la primera vez que mi debil voz resuena en este augusto templo, donde se escucharon con admiracion las palabras de varones eminentes, y en los sublimes momentos de abrir sus puertas á la juventud ansiosa de saber, coronando públicamente nuestras insignificantes faenas, premio debido mas que al mérito, á la solicitud é indulgencia de los señores jueces.

Si la existencia del hombre, Illmo. Señor, tiene tanto mas valor cuanto mas grandes y generosas son sus acciones, qué magnifica, qué digna de respeto y veneracion es la del que consagra años enteros á esclarecer las conciencias, despejar y dar vuelos al pensamiento, descubrir los inmensos misterios de la creacion é interpretar sus leyes; derramar en todos los corazones el suave y precioso aro-



ma de la virtud, y propagar las verdades científicas, que son como estrellas fijas y luminosas que la humanidad encuentra en sus progresivas evoluciones.

Las venerables imágenes de Argüelles, Feijóo, Campomanes, Toreno, Jovellanos, Florez Estrada, y Mata Vigil, ornamento de la ciencia, ilustres por su saber y virtud, hijos esclarecidos de Asturias, contemplan con muda elocuencia este solemne acto, circunstancia que bastaria para inspirarnos el elevado anhelo del saber, que embellece la vida, ilustra el espíritu y perfecciona el corazon.

Al tributar un justo recuerdo de admiracion á tan preclaros varores, no olvidamos los lazos de cariño que nos unen con S. I. y demas dignos profesores, de quienes esperamos nuevas pruebas de afecto é ilustracion en el curso de nuestra carrera literaria, y un apoyo firme para levantarnos sobre las ruinas de las pasiones, y consagrar nuestra vida á la ciencia y la justicia.

Oviedo y Octubre 1.° de 1857.